

**LA CARIDAD, VIRTUD REINA DEL CRISTIANISMO**

«**Dios es caridad**, y el que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Y Dios difundió su caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por consiguiente, **el primero y más imprescindible don es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él.**

Pero, **a fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique**, todo fiel debe escuchar de buena gana la palabra de Dios y poner por obra su voluntad con la ayuda de la gracia. Participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en las funciones sagradas. Aplicarse asiduamente a la oración, a la abnegación de sí mismo, al solícito servicio de los hermanos y al ejercicio de todas las virtudes. Pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 3, 10), rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que **la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo** (LG 42).

- **LA CARIDAD es la virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios.** El Catecismo de la Iglesia Católica en el n. 1856 señala la **importancia vital** de la caridad para la vida cristiana. En esta virtud se encuentran la **esencia** y el **núcleo** del cristianismo, es el centro de la predicación de Cristo y es el mandato más importante (cf. Jn 15, 12; 15,17; Jn 13,34). No se puede vivir la moral cristiana dejando a un lado la caridad.



La caridad es la **virtud reina**, el **mandamiento nuevo** que nos dio Cristo, por lo tanto es la base de toda espiritualidad cristiana. Es el **distintivo** de los auténticos cristianos.

Es la **virtud por excelencia** porque su objeto es el mismo Dios y el motivo del amor al prójimo es el mismo: el amor a Dios. Porque su bondad intrínseca es la que nos une más a Dios, haciéndonos parte de Dios y dándonos su vida (1 Jn. 4, 8).

- **La Caridad le da vida a todas las demás virtudes**, pues es necesaria para que éstas se dirijan a Dios. Por eso dice San Pablo "Ya podría repartir todos mis bienes entre los necesitados y entregar mi cuerpo a las llamas, **si no tengo amor de nada me sirve...**" (1Cor 13). Sin amor, las obras pierden su valor sobrenatural, pero **con él, incluso las más pequeñas, pueden ser de un gran valor delante de Dios.** Por ejemplo, puedo ser amable o dar limosna sólo para quedar bien o para obtener una recompensa... Sin embargo, con la caridad, la amabilidad y todos los detalles ordinarios se convierten en actos virtuosos. Sin la caridad, las demás virtudes están como muertas.
- **La máxima expresión de la caridad consiste en dar la vida.** Jesús nos dio ejemplo de ello. "**Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos**" (Jn 15,13). Por eso en la iglesia siempre ha sido considerado el martirio como la mejor expresión del amor

Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, **nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos** (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, **el martirio**, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, **es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor.** Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres **y a seguirle, por el camino de la cruz**, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia. (LG 42).

- **La caridad no termina con nuestra vida terrena**, en la vida eterna viviremos continuamente la caridad. San Pablo nos lo menciona (1Cor. 13, 13; y 13, 87)
- **No confundir el amor con el sentimiento.** No es lo mismo amar que "gustar". Al hablar de la caridad, hay que hablar del amor. El amor "no es un sentimiento bonito" o la carga romántica de la vida. El amor es buscar el bien del otro.

TIPOS DE AMOR

Amor **desinteresado** (o de benevolencia. En la Sagrada Escritura se llama **Ágape**): desear y hacer el bien del otro aunque no proporcione ningún beneficio, porque se desea lo mejor para el otro. Y amor **interesado** (llamado *Philia*): amar al otro por los beneficios que esperamos obtener.

¿Cuál es la diferencia entre *ágape* y *philia*? El **amor-ágape** es un amor sobrenatural, una perfección de Dios en nosotros, es un **amor oblativo, que da, que ama de manera total y generosa, sin detenerse en ser correspondido**, es un regalo de Dios. Es la caridad sobrenatural. Es un don de Dios que nos permite amar en medida superior a nuestras posibilidades humanas. Es **amar como Dios ama**, no con la perfección que Él lo hace, pero sí con su mismo amor.

En cambio **amor-philia** es el **amor de amistad**. Un amor que conlleva y busca la correspondencia. Surge del placer de vernos reflejados en el otro. Amor natural del hombre.

PECADOS CONTRA EL AMOR A DIOS

- **El odio** a Dios, que es el pecado de Satanás y de los demonios. Se manifiesta en las blasfemias, las maldiciones, los sacrilegios...
- La **pereza espiritual**, que es cuando el hombre no encuentra el gusto a las cosas de Dios, es más, las consideran aburridas y tristes. Aquí se encuentra la tibieza y la frivolidad o superficialidad.
- **El amor desordenado a las criaturas**, cuando ponemos primero el amor a las personas o a las cosas, antes que el amor a Dios y a su Voluntad. En todo pecado grave se pierde la caridad.

EJEMPLOS DE UN GRAN AMOR A DIOS

Los **mártires** y los **santos** son los que nos dan **ejemplo de un amor heroico**, porque han llegado a dar toda su vida por amor a Él:

- Oración de **San Carlos de Foucauld**:

*Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.
Te confío mi alma, te la doy con todo el amor
de que soy capaz, porque te amo.
Y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida,
con una infinita confianza, porque Tú eres mi Padre.*

- **Sta Teresa de Jesús**: "Imaginad a una persona tan enamorada de otra que no se pudiese hallar un punto sin lo que ama. Así estoy yo con Nuestro Señor, consolándome con Él, hablando siempre de Él y con Él"

- **Santa Teresa de Calcuta**:

Jesús, escucha mi oración... haz conmigo lo que desees y el tiempo que desees, sin una sola mirada a mis sentimientos y dolor. Te pertenezco. Imprime en mi alma y mi vida los sufrimientos de tu Corazón. No te preocupes por mis sentimientos. No te preocupes ni siquiera por mi dolor. Si mi separación de Ti lleva a otros a Ti y en su amor y compañía encuentras alegría y placer, entonces Jesús estoy dispuesta con todo mi corazón a sufrir no sólo lo que sufro ahora, sino por toda la eternidad si esto fuera posible. Tu felicidad es lo único que quiero. Por lo demás, por favor, no te molestes, incluso si me ves desmayar de dolor. Es mi voluntad saciar tu sed con cada gota de sangre que Tú puedas encontrar en mí. No me permitas que te haga daño de ninguna manera, quítame el poder de herirte. Te suplico sólo una cosa: por favor, no te preocupes de volver pronto. Estoy dispuesta a esperarte toda la eternidad. Tu pequeña.

EL AMOR AL PRÓJIMO

"El Verbo de Dios nos revela que **Dios es amor**, a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana es **el mandamiento nuevo del amor**. Así, pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles.

Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, **en la vida ordinaria**. Él, sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia (GS 38).

El amor al prójimo es parte de la virtud de la caridad que nos hace buscar el bien de los demás por amor a Dios. Tiene las siguientes características:

1. **Sobrenatural**: se ama a Cristo en el prójimo, por su dignidad especial como hijo de Dios.
2. **Universal**: comprende a todos los hombres porque todos son criaturas de Dios, incluso a los que hacen el mal.
3. **Ordenado**: se debe amar más al que está más cerca o al que lo necesite más: al esposo, al hermano, al hijo enfermo...

Las obras de misericordia son expresiones concretas de ese amor. Si la caridad no es concreta, de nada sirve, es una falsedad.

Podemos amar al prójimo con la **voluntad** (tener la intención y la actitud de hacer siempre y de muchas maneras el bien). También con el **entendimiento** (valorar, estimar, perdonar... a las personas). Y también con las **palabras** (siempre hablar bien de los demás, nunca criticar, ni juzgar, ni difamar...).

Pero la **caridad tiene que expresarse siempre en las obras, en la vida**. Por eso las obras de misericordia, ya sean espirituales o materiales, son su expresión más adecuada y concreta. Son más importantes las espirituales (por ejemplo la corrección fraterna, el apostolado, la oración, etc.), pero no hay que descuidar las materiales.

- Por ejemplo, la **corrección fraterna** nos obliga a ayudar al hermano, de manera prudente y delicada, para que se aparte de lo ilícito o perjudicial. Es una forma excelsa de caridad.
- Igualmente el **apostolado**. Estamos obligados a hacerlo, porque cualquier bautizado debe de promover la vida cristiana y extender el Reino de Dios, llevando el Evangelio a los demás. Si yo amo a Dios, es lógico querer que los demás lo hagan también. El apostolado se desarrolla según las circunstancias de cada uno. Dar a Dios a los demás, hablarles de Él, invitar a la práctica de los sacramentos, ... Es la mejor limosna, porque "si no damos a Dios, damos demasiado poco" (Benedicto XVI)

PECADOS CONTRA EL AMOR AL PRÓJIMO (Estos son algunos):

- El **odio**: desearle el mal al prójimo, ya sea porque es nuestro enemigo (odio de enemistad) o porque no nos es simpático (odio por antipatía). La antipatía natural no es pecado, salvo cuando la fomentamos, en cuyo caso pasa a ser voluntaria. Una cosa es sentir, y otra consentir.
- La **maldición**: cuando expresamos el deseo de un mal para el otro que nace de la ira o del odio.
- La **envidia**: entristecerse o enojarse por el bien que le sucede al otro o alegrarse del mal del otro. Es un pecado capital porque de él se derivan muchos otros: chismes, murmuraciones, odio, resentimientos, etc.
- El **escándalo**: acción, palabra u omisión que lleva al prójimo a ocasión de pecado. Y puede ser directo cuando la intención es hacer que el otro peque, o indirecto cuando no hay la intención, pero de todos modos se lleva al otro al pecado.
- La **cooperación** en un acto malo, que es participar en el pecado de otro.
- Otros pecados: los altercados, riñas, vandalismo, etc.

Aprendamos a amar en lo concreto, no nos quedemos en palabras. "Hay que amar hasta que duela", decía santa Teresa de Calcuta. Y no olvidemos la gran importancia que el Señor da a esta caridad fraterna, pues hace depender de ella el juicio de salvación: "Lo que hicisteis con uno de estos mis, conmigo lo hicisteis". Por lo que san Juan de la Cruz dice: "Al atardecer de la vida, te examinarán del amor". Y además hizo de este amor fraterno, el distintivo de sus discípulos.

"Si bien todo el ejercicio del apostolado debe proceder y recibir su fuerza de la caridad, algunas obras, por su propia naturaleza, son aptas para convertirse en expresión viva de la misma caridad, que quiso Cristo Señor fuera prueba de su misión mesiánica. El mandamiento supremo en la ley es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo. Ahora bien, Cristo hizo suyo este mandamiento de caridad para con el prójimo y lo enriqueció con un nuevo sentido, al querer hacerse Él un mismo objeto de la caridad con los hermanos, diciendo: "**Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis**" (Mt 25,40). Él, pues, tomando la naturaleza humana, se asoció familiarmente todo el género humano, con una cierta solidaridad sobrenatural, y constituyó la caridad como distintivo de sus discípulos con estas palabras: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros".

Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente extraordinario y aparezca como tal, es necesario que **se vea en el prójimo la imagen de Dios según la cual ha sido creado**, y a Cristo Señor a quien en realidad se ofrece lo que se da al necesitado; se considere como la máxima delicadeza la libertad y dignidad de la persona que recibe el auxilio; que no se manche la pureza de intención con ningún interés de la propia utilidad o por el deseo de dominar; se satisfaga ante todo a las exigencias de la justicia, y no se brinde como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia; se quiten las causas de los males, no sólo los defectos, y se ordene el auxilio de forma que quienes lo reciben se vayan liberando poco a poco de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos (Vat. II. AA 8)

➤ El amor fraterno en **Santa Teresa del Niño Jesús** (Ms C- X):

"Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amándolo, comprendí que mi amor no podía expresarse tan sólo en palabras, porque: «No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios». Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabía que el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamiento nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois **discípulos míos, será que os amáis unos a otros**.

¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. Él era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores, ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, **Jesús los llama sus amigos, sus hermanos**. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: **Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos**.

Meditando estas palabras de Jesús, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como las ama Dios. Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que **la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón** (...) Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien **que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí**. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento nuevo...

(...) Hay en la comunidad una hermana que tiene el don de desagradarme en todo (...) Entonces, para no ceder a la antipatía natural que experimentaba me dediqué a portarme con ella como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que la encontraba pedía a Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos... No me conformaba con rezar mucho por ella (...) Trataba de prestarle todos los servicios que podía; y cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas (...). Un día, en la recreación, me dijo con aire muy satisfecho más o menos estas palabras: «¿Querría decirme, hermana Teresa del Niño Jesús, qué es lo que la atrae tanto en mí? Siempre que me mira, la veo sonreír». ¡Ay!, lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma... Jesús, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreía porque me alegraba verla (por supuesto que no añadí que era bajo un punto de vista espiritual).

**29. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA: La Ascensión del Señor**

Este domingo celebramos la gran solemnidad de la **ASCENSIÓN DE JESÚS A LOS CIELOS**. Consideremos este misterio de gloria, acogiéndolo en nuestro corazón. Desde hoy la iglesia inicia los diez días de Cenáculo con la Virgen, esperando la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Días intensos de oración, con la Virgen, suplicando el gran Don del cielo, que es el alma de la Iglesia y de nuestra santificación.

Un último misterio consagra y transfigura en la tierra toda la enseñanza y vida de Jesús en el mundo: su admirable Ascensión a los cielos. «*Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo abandono el mundo y voy al Padre*», había dicho Jesús (Jn 16,28). **El amor le impulsa a saltar del Padre al mundo para salvarlo. Ese mismo amor le lleva a introducirle en el cielo.** Un salto gigantesco del cielo a la tierra para encontrarse con el hombre. «*Salí del Padre y vine al mundo*» Es la **ENCARNACIÓN**. Etimología gloriosa de esta palabra: Dios que toma nuestra carne. La misma sangre de hombre corre por nuestras venas y las suyas. Somos de la misma familia.

«*Y de nuevo abandono el mundo y voy al Padre*» Es la **ASCENSIÓN**. Pero ya no sube solo. Va acompañado de todos los redimidos. Se salvan gracias a su redención. «*Asciende a las alturas*», canta el salmo 67 y repite la liturgia en el *Alleluia* de la misa. Arrastra consigo cautiva a la humanidad libertada por Él. Así, **la ascensión cierra el círculo de amor iniciado con la encarnación**. Nos mete a todos en el cielo. Es la consumación y complemento de todas las fiestas de Jesús, el broche de oro que cierra el itinerario recorrido por el Hijo de Dios para salvarnos: «*Felix clausula totius itinerarii Filii Dei.*» (San Bernardo)

**Lectura de los Hechos de los Apóstoles 1, 1-11:**

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo. Se les presentó después de su

pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios.

Una vez que comían juntos, les recomendó: «No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo». Ellos lo rodearon preguntándole: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?». Jesús contestó: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo».

Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse»

MEDITACIÓN del P. Morales

PETICIÓN: Señor, ¡Lleva mi corazón contigo! Enséñame a vivir mirando al Cielo. No nos dejes huérfanos.

COMPOSICIÓN DE LUGAR: Nos situamos al lado de María, apretujados con los primeros discípulos, en el monte Olivete. Así contemplaremos mejor el misterio que vamos a vivir.

PUNTOS: Consideramos tres tiempos sucesivos: despedida, elevación y entrada triunfal en el cielo:

1º. Despedida íntima, cordial, afectuosa de Jesús

Con sencillez y cariño, Jesús habla con cada uno de los presentes. Primero, con los apóstoles. Se acerca a Pedro. «*¿Me amas más que éstos?*», le pregunta. Lágrimas de gratitud humilde. Adiestrado por infidelidades y fracasos, le responde: «*Tú ya sabes, Señor, que te amo*». Y Jesús, con mirada tierna y silenciosa de despedida, le dice: «*Apacienta mis ovejas*».

Ahora es Juan quien está al lado de Jesús. Permite de nuevo al discípulo amado reclinar la cabeza junto a su pecho, percibir los latidos de su Corazón adorable. Al separarse, para consolarle, le dice: «*No quedas solo y abandonado*». Y le recuerda las palabras inefables escuchadas al pie de la cruz cuarenta días antes: «*Ahí tienes a tu Madre*». Juan, agradecido y emocionado, le mira de nuevo con más cariño que nunca.

Llega el turno a Tomás. «*Ven —le dice Jesús—; trae tu mano y métela en mi costado*». «*Pero si ya creo*», protesta el apóstol. «*Ven; no importa —dice el Maestro— Mete acá tu mano y mira mis manos*». Todavía resplandecen cicatrices gloriosas. **¡Qué delicadezas las de Jesús!**

La tarde va declinando. Jesús prodiga efusiones, últimos adioses. A cada uno dice lo suyo, pero de una manera tan conmovedora, que nos emociona a todos. Ahora son los dos de Emaús: «*¿Os dais cuenta por fin de que convenía que yo padeciese y así entrase en mi gloria? ¿Estáis todavía tardos de corazón para creer?*» Se abalanzan a sus pies. Repiten: «*Permanece con nosotros, Señor. No nos dejes solos.*»

Jesús, después de haber abrazado a sus apóstoles y discípulos, mira a Magdalena. Esperaba impaciente. La mirada irresistible de Jesús la invita. Se arroja a sus pies. Los baña en lágrimas. Los seca con sus cabellos. Su corazón palpita de emoción. No quiere soltar a Jesús. «*O me llevas contigo, o no te vas*», le dice. Marta, su hermana, interviene. Tiene que separarla a la fuerza. Entonces, el Maestro querido le dice: «**No te afanes con tanta multitud de cosas. Una sola es necesaria, Marta: mirar al cielo, esperar la señal para partir.**» La Virgen se ha quedado la última. Su humildad y sencillez no le han permitido anticiparse a nadie. Silencio enternecedor. Se contemplan por última vez en la tierra Hijo y Madre. Con la mirada, María pide a Jesús que se la lleve con Él. Jesús mira a Juan. La Virgen comprende: ahí está mi hijo. Jesús le dice: «*La Iglesia es todavía niña. No puede quedarse también sin su Madre. Te necesita. Cuando haya crecido, vendré a buscarte*». María junta sus manos, inclina su cabeza. Como el día de la anunciación, acepta, se ofrece: «*Aquí la esclava... Hágase...*»

2º. Elevación al cielo

«*Y, levantadas las manos, los bendijo. Y sucedió, mientras Él los bendecía, que se desprendió de ellos, y, mirándolos ellos, fue elevado, y era llevado en alto al cielo*». La Virgen y los apóstoles contemplan y miran llenos de emoción. Unidos con ellos, al lado de María, gocémonos en el triunfo de Jesús. Al verle glorioso elevándose al cielo, se encendería más y más la fe en sus almas. Ahora sí creerían que Él es la resurrección y la vida. **Despreciarían como insignificantes las cosas de la tierra.** Con la fe se dilataría pujante la esperanza en sus corazones. Comprendían que la Ascensión de Jesús era anticipo de la propia. Presentían que no estaba distante el día en que también ellos serían llevados al cielo. Muertos, sepultados, resucitados con Él, también ascendían con Él. «*Dios Padre —dirá Pablo a los primeros cristianos de Éfeso (2, 4-6) — nos hizo subir al cielo en Cristo Jesús y sentarnos a su diestra.*»

Tengamos el corazón puesto en lo alto. Es el anhelo de la Iglesia: que vivamos con el corazón ya en el cielo cuantos creemos que hoy subió a lo alto nuestro Redentor

3º. Entrada triunfal en el cielo

Último tiempo de la ascensión, el definitivo, el que dura todavía, el eterno. Jesús, vencedor de la muerte, del pecado, del infierno, cabeza de la humanidad redimida, penetra en el cielo. Ángeles, arcángeles, al verle, entonan el salmo 23. Se dirigen a querubines y serafines: «*¡Levantad,*

príncipes de los cielos, vuestras puertas para que entre el Rey de la gloria!». Maravillados, se preguntan: «¿Quién es este Rey de la gloria?» Responden los ángeles: «Es el Señor, lleno de fuerza y poder. El Señor, que gana batallas con la potencia de su brazo.» Y las virtudes y potestades añaden: «Es el Señor Dios de los ejércitos. El solo Rey de la gloria». Y, en medio de un clamoreo de júbilo, penetra en los cielos Jesús. Ante el Padre, repite las palabras de la cena: «Te glorifiqué en la tierra. La obra que me encomendaste está realizada: opus consummavi. Ahora glorifícame tú con la gloria que tuve antes de la creación del mundo» (Jn 17,4).

Ya en la presencia del Padre, inicia su oración prolongada, ininterrumpida, por los suyos, por nosotros: «**Por ellos te vengo a rogar. No por el mundo, sino por los que me diste, pues son tuyos, y todo lo tuyo es mío.** No son del mundo, como ni yo soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del malo». Es el Pontífice eterno, el Sacerdote perpetuo, que presenta su humanidad santísima cargada de cicatrices gloriosas. Es el precio de nuestra redención. Así, nos arranca del Padre las gracias que necesitamos para vivir «hasta que Él vuelva».

Subamos con el alma al cielo. Nuestro Salvador ascendió; luego no perdamos la paz mientras peregrinamos en la tierra. Si en el cielo está nuestra alma, tendremos paz en la tierra: «Ibi sit mens, et hic erit requies.» (San Agustín).

COLOQUIO

Madre, quiero caminar siempre por la tierra con la mirada puesta en el cielo, contemplando a Jesús. Quiero ser contemplativos en la vida ordinaria, con el corazón puesto siempre en tu Hijo.

Haz, Madre querida, que arda mi corazón amando a Cristo Dios...

Sigue hablando con Jesús y con María

MEDITACIÓN de san León Magno

La Ascensión del Señor aumenta nuestra fe

Así como en la solemnidad de Pascua la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría, así también ahora su Ascensión al cielo nos es un nuevo motivo de gozo, al recordar y celebrar litúrgicamente el día en que **la pequeñez de nuestra naturaleza fue elevada, en Cristo**, por encima de todos los ejércitos celestiales, de todas las categorías de ángeles, de toda la sublimidad de las potestades, hasta compartir el trono de Dios Padre. Hemos sido establecidos y edificados por este modo de obrar divino, para que la gracia de Dios se manifestara más admirablemente, y así, a pesar de haber sido apartada de la vista de los hombres la presencia visible del Señor, por la cual se alimentaba el respeto de ellos hacia él, la fe se mantuviera firme, la esperanza incommovible y el amor encendido.

En esto consiste, en efecto, el vigor de los espíritus verdaderamente grandes, esto es lo que realiza la luz de la fe en las almas verdaderamente fieles: creer sin vacilación lo que no ven nuestros ojos, tener fijo el deseo en lo que no puede alcanzar nuestra mirada. ¿Cómo podría nacer esta piedad en nuestros corazones, o cómo podríamos ser justificados por la fe, si nuestra salvación consistiera tan sólo en lo que nos es dado ver?

Así, **todas las cosas referentes a nuestro Redentor, que antes eran visible, han pasado a ser ritos sacramentales**; y, para que nuestra fe fuese más firme y valiosa, la visión ha sido sustituida por la instrucción, de modo que, en adelante, nuestros corazones, iluminados por la luz celestial, deben apoyarse en esta instrucción.

Esta fe, aumentada por la ascensión del Señor y fortalecida con el don del Espíritu Santo, ya no se amilana por las cadenas, la cárcel, el destierro, el hambre, el fuego, las fieras ni los refinados tormentos de los crueles perseguidores. Hombres y mujeres, niños y frágiles doncellas han luchado, en todo el mundo, por esta fe, hasta derramar su sangre. Esta fe ahuyenta a los demonios, aleja las enfermedades, resucita a los muertos.

Por esto los mismos apóstoles, que, a pesar de los milagros que habían contemplado y de las enseñanzas que habían recibido, se acobardaron ante las atrocidades de la pasión del Señor y se mostraron reacios a admitir el hecho de su resurrección, recibieron un progreso espiritual tan grande de la ascensión del Señor, que todo lo que antes era motivo de temor se les convirtió en motivo de gozo. Es que su espíritu estaba ahora totalmente elevado por la contemplación de la divinidad, sentada a la derecha del Padre; y al no ver el cuerpo del Señor podían comprender con mayor claridad que aquél no había dejado al Padre, al bajar a la tierra, ni había abandonado a sus discípulos, al subir al cielo.

Entonces el Hijo del hombre se mostró, de un modo más excelente y sagrado, como Hijo de Dios, al ser recibido en la gloria de la majestad del Padre, y, al alejarse de nosotros por su humanidad, **comenzó a estar presente entre nosotros de un modo nuevo e inefable por su divinidad.**

Entonces nuestra fe comenzó a adquirir un mayor y progresivo conocimiento de la igualdad del Hijo con el Padre, y a no necesitar de la presencia palpable de la substancia corpórea de Cristo, según la cual es inferior al Padre; pues, subsistiendo la naturaleza del cuerpo glorificado por Cristo, la fe de los creyentes es llamada allí donde podrá tocar al Hijo único, igual al Padre, no ya con la mano, sino mediante el conocimiento espiritual.

El cielo es tuyo ¿Subes o te quedas? (P. Mariano de Blas)

Al ascender al cielo Jesús no pensaba sólo en su triunfo; quería que todos los hombres subieran con Él a la patria eterna.

La Ascensión clava nuestra esperanza de forma inviolada en nuestra propia felicidad eterna. Así como Jesús, tu Hijo, el Hijo de José y María, ha subido con su cuerpo eternizado a la patria de los justos, así el mío y el de mis hermanos, el de todos los fieles que se esfuerzan, subirá para nunca bajar, para quedarse para siempre allí.

La Ascensión, además, es un subir, es un superarse de continuo, un no resignarse al muladar. Subir, siempre subir; querer ser otro, distinto, mejor; mejor en lo humano, mejor en lo intelectual y en lo espiritual. Cuando uno se para, se enferma; cuando uno se para definitivamente, ha comenzado a morir. Se impone la lucha diaria, la tenaz conquista de una meta tras otra, hasta alcanzar la última, la añorada cima de ser santo. Esa es mi meta, esa es mi cima. ¿También la tuya?

Al ascender al cielo Jesús no pensaba sólo en su triunfo; quería que todos los hombres subieran con Él a la patria eterna. Había pagado el precio; había escrito el nombre de todos en el cielo, también el tuyo y el mío. El cielo es mío, el cielo es tuyo. ¿Subimos o nos quedamos? ¿Eterno muladar o eterna gloria? Voy a prepararos un lugar. ¡Con qué emoción se lo dijiste! Dios preparando un lugar, tu lugar, en el cielo.

Dios creó al hombre, a ti y a mí, para que, al final, viviéramos eternamente felices en la gloria. Si te salvas, Dios consigue su plan, y tú logras tu sueño. Entonces habrá valido la pena vivir...

¡Con cuanta ilusión Jesús hubiera llevado a la gloria consigo a sus dos compañeros de suplicio! Pero sólo pudo llevarse a uno. Porque el otro no quiso...

Si Cristo pudiese ser infeliz, lloraría eternamente por aquellos que, como a Gestas, no pudo salvar. Jesús lloró sobre Jerusalén, Jesús ha llorado por ti, cuando le has cerrado la puerta de tu alma. Ojalá que esas lágrimas, sumadas a su sangre, logren llevarte al cielo.

Si tú le pides con idéntica sinceridad que el buen ladrón: "Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu Reino", de seguro escucharás también: "Estarás conmigo en el Paraíso". Y así, el que escribió tu nombre en el cielo podrá, por fin, decir: "Misión cumplida".

Dios es amor. El cielo lo grita. Lo ha demostrado mil veces y de mil formas. Te lo ha demostrado a ti; se lo ha demostrado a todos los hombres. Se lo ha probado amándoles sin medida, perdonándoles todo y siempre; regalándoles el cielo, dándoles a su Madre. Si no hemos sabido hacerlo, ya es hora de corresponder al amor. No podemos vivir sin amor. La vida sin Él es un penar continuo, una madeja de infelicidad y amarguras. Amar es la respuesta, es el sentido, amar eternamente al que infinitamente nos ha amado

La ascensión nuestra al cielo será el último peldaño de la escalera; será la etapa final y feliz, sin retorno ni vuelta atrás. Debemos pensar en ella, soñar con ella y poner todos los medios para obtenerla. Todo será muy poco para conquistarla. Después del cielo sólo sigue el cielo. Después del Paraíso ya no hay nada que anhelar o esperar. Todos nuestros anhelos más profundos y entrañables, estarán, por fin, definitivamente cumplidos. Entonces, ¿te interesa el cielo? ¿A quién debo una felicidad tan grande? ¿A qué precio me lo ha conseguido. ¿Qué he hecho hasta ahora por el cielo? ¿Qué hago actualmente para asegurarlo? Y, en adelante, ¿qué pienso hacer?

Al final de la vida lo único que cuenta es lo hayamos hecho por Dios y por nuestros hermanos. "Yo sé que toda la vida humana se gasta y se consume bien o mal, y no hay posible ahorro. Los años son éstos y no más, y la eternidad es lo que sigue a esta vida. Gastarnos por Dios y por nuestros hermanos en Dios es lo razonable y seguro".